PERSILES
Y
SIGISMUNDA
3

A-3322/3

18448

HISTORIA

DE LOS TRABAJOS

DE

PERSILES Y SIGISMUNDA

Por

MIGUEL CERVANTES

Saabedra.

Tomo III.

MADRID

Año de 1805.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA
Comunidad de Madrid

HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PÉRSILES
Y
SIGISMUNDA.

TOMO III.

HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES
Y
SIGISMUNDA.

TOMO III

LIBRO TERCERO
DE LA HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en trage de peregrinos.

Como estan nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fuéron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se dexe, uno se prosiga, y otro se ol-

vide ; y el que mas cerca anduviere de su sosiego , ese será el mejor , quando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dexar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dexó , sino que le entretuvo en tanto que el de la honra , que sobrepuja al de todas las acciones humanas , se apoderó de su alma : el qual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche ántes de la partida , hablándole á parte en la isla de las Ermitas. Allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega , sino suplica) que mirase por su hermana Auristela , y que la guardase para reyna de Dinamanca , y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reyno , y en tan justa demanda perdiese la vida , se estimase Auristela por viuda de un príncipe , y como tal supiese escoger esposo; puesto que ya él sabia , y muchas veces lo habia dicho , que por sí sola , sin

tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reyno del mundo, que no del Dinamarca. Periandro le respondió, que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaba, y que tan bien le venia. Ninguna de estas razones dixo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, halas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro, suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le trayga quien la cante: si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes; y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuviere no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es

uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion. Iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules: mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dexaba resbalar por él con tanta ligereza, que apénas parecia que le tocaba. De esta suerte, y con la misma tranquilidad y sosiego navegáron diez y siete dias, sin ser necesario subir, ni baxar, ni llegar á templar las velas; cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habia gusto con que igualalle. Al cabo de estos ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dixo un grumete, que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra, aunque mejor diria: cielo, cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa; cuyas nuevas sacáron de los ojos de todos tiernas y ale-

gres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constanza: porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision que tanto deseaban. Echóle los brazos Antonio al cuello, diciendo: ahora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: ahora verás los ricos templos en que es adorado: verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve: y notarás como la caridad cristiana está en su punto. Aqui en esta ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos hospitales, que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo. Aquí el amor y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos: la cortesía no dexa que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son

discretos. La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del oriente, y desde ella se reparten por el universo. Su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles, que los de las naves forman. La hermosura de las mugeres admira y enamora: la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen. Finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dixo á esta sazon Periandro, dexa Antonio algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo, algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo: y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus extremos. Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto, y de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar, y á la movible voluntad de los vientos: y mas quando supo que desde allí á Ro-

Periandro y su compañia van en peregrinacion á Roma.

A. Rodrig.z lo dib.º F. Miranda lo grº.

ma podia ir á pie enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiese. Medio dia sería quando llegáron á San Gian, donde se registró el navío, y donde el castellano del castillo, y los que con él entráron en la nave, se admiráron de la hermosura de Auristela, de la gallardía de Periandro, del trage bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constanza. Supiéron ser extrangeros, y que iban peregrinando á Roma. Satisfizo Periandro á los marineros, que los habian traido, magníficamente con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo. Los marineros quisiéron llegar á Lisboa á grangearlo con alguna mercancía. El castellano de San Gian envió al gobernador de Lisboa, que entónces era el Arzobíspo de Braga por ausencia del rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los extrangeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el trage de bárbara, no sola-

mente no la encubria, pero la realzaba. Exâgeróle asímismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian. Llegó el navío á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcáron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los extrangeros desembarcados en Belen: corriéron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos. Ya salia de Belen el nuevo esquadron de la nueva hermosura; Ricla medianamente hermosa, pero extremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima, y rodeada de pieles; Anronio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo. Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la

mano, y la aljaba de las saetas á las espaldas. Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo á lo marinero: un bonete estrecho y pontiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban. Auristela traía toda la gala del septentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efecto todos juntos, y cada uno de por sí causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro. Llegáron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente: llevároнlos al gobernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venian, y adónde iban: á lo que respondió Periandro, que ya traía estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces; y así quando queria, ó le parecia que le convenia, relataba su historia á lo lar-

go, encubriendo siempre sus padres, de modo, que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo ménos gran parte de su historia. Mandólos el visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fué parecer de Periandro mudasen los trages de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traían era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo, además que para el viage que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas á cuento. Hízose así, y de allí á dos dias se viéron peregrinamente peregrinos. Acaeció, pues, que al salir un dia de casa, un hombre portugues se arrojó á los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas, le dixo: ¿Qué ventura es esta, señor Pe-

riandro, que la dés á esta tierra con tu presencia? no te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobráron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenias perdida. Halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el caballero portugues; apartéme de tí y de los tuyos en el hospodage donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno, y hija del otro. Tráxome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte: creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses. Un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus exêquias, y en una capilla de su linage le puso en una piedra de marmol blanco, como si debaxo de ella estuviera enterrado, un epitafio, que quiero que vengais á ver todos así como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracióso. Por las palabras bien conoció Periandro

que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida. Con todo eso se fuéron al templo que decia, y viéron la capilla, y la losa, sobre la qual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así.

Aquí yace viva la memoria
del ya muerto Manuel de Sosa Coutiño,
Caballero portugues:
que á no ser portugues aún fuera vivo.
No murió á las manos
de ningun castellano,
sino á las del amor, que todo lo puede.
Procura saber su vida,
y envidiarás su muerte, pasagero.

Vió Periandro que habia tenido razon el portugues de alabarle el epitafio, en el escribir de los quales tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al portugues, qué sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante: el qual la respondió, que dentro de

pocos dias que la supo pasó de esta á mejor vida, ó ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso. Desde allí se fuéron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro, que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia. A un lado pintó la isla bárbara ardiendo

farsanta hermosa. ¡Válame Dios
. y con quánta facil
dad discurre el ingenio de
un poeta; y ¡cuánto acumpli
por mas imposibles! ¡sobre qué
u flacos cimientos
anta grandes quimeras! todo se lo na-
lla hasta hacerlo fácil, todo llan
uelta, y esto de manera
ue las esperanzas le sobran
quando la ventura le falta, con
o lo mos-
tró esta noche quando
sus motes pudo
ó descoger acaso el lienzo donde ve-
nian pintados los tra
ajos de Periandro.
Allí se
hase visto en el mayor yde en su vida

se habia visto, por venirle á la imaginacion un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia; pero no acertaba en qué nombre le pondria, si la llamaria comedia ó tragedia, ó tragicomedia; porque si sabia el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aún todavía iban corriendo las vidas de Periandro y Auristela; cuyos fines habian de poner nombre á lo que de ellos se representase. Pero lo que mas le fatigaba era pensar cómo podria encaxar un lacayo consejero y gracioso en el mar, y entre tantas islas, fuego y nieves: y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia, y de encaxar el tal lacayo, á pesar de todas las reglas de la poesía, y á despecho del arte cómico. Y en tanto que en esto iba y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela, y de proponerla su deseo, y de aconsejarla quan bien la estaria si se hiciese recitanta. Díxole que á dos salidas al teatro la lloverian minas de oro acuestas; porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia,

que llegada al oro es oro, y llegada al cobre es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras, y á las semideas, á las reynas de estudio, y á las fregonas de apariencia. Díxole que si alguna fiesta real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarle los pies. Representóla el gusto de los viages, y el llevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servirian tan de criados como de amantes: y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que le darian en encargarla las primeras figuras. En fin, la dixo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no habia entendido palabra de quantas le habia dicho, porque bien se veía que ignoraba la lengua castellana,

y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, á lo ménos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela: miróse á los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura. Aquella noche fuéron á dar muestra en casa del corregidor, el qual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar, y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa. Acetólo Periandro con parecer de Auristela, y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora quando entráron Auristela, Ricla y Cónstanza con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos

peregrinos: los quales acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibiéron, diéron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fué la representacion de la fábula de Zéfalo y de Pocris, quando ella zelosa mas de lo que debia, y él con ménos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella le quitó la vida, y á él el gusto para siempre. El verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuestos, segun se dixo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamáron el Maganto; cuyo ingenio tocó asímismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzáron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y halláron todas un todo á quien diéron por nombre perfeccion sin tacha: y los varones dixéron lo mismo de la gallardía de Periandro: y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza, y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuviéron en la ciudad, donde en ellos mos-

tró el corregidor ser caballero liberal, y tener la corregidora condicion de reyna, segun fueran las dádivas y presentes que hizo á Auristela, y á los demas peregrinos, los quales mostrándose agradecidos, prometiéron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas, y de otros rústicos árboles. Tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balanza igual de los dos equinoccios; ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia, y á necesidad tambien se podia pasar la noche en el campo como en la aldea: y á esta causa, y por estar léjos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros que á los ojos se les ofreciéron. Hízose lo que Auristela quiso; y apénas habian entrado por el bosque doscientos pasos, quando se cerró la noche con tanta escuridad, que los

detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y un ruido que sintiéron les detuvo el paso, é hizo que Antonio el mozo se apercibiese de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no viéron, el qual les dixo: ¿sois de esta tierra, buena gente? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien léjos de ella: peregrinos extrangeros somos que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Sí, que tambien, dixo el de á caballo, hay en las extrangeras tierras caridad y cortesía, tambien hay almas compasivas donde quiera. Pues no, respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y vereis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dixo pues el caballero, tomad señores esta cadena de oro, que debe valer mas de doscientos escudos, y tomad asímismo esta prenda, que no debe de tener precio, á lo mé-

nos yo no se le hallo, y darleheis en la ciudad de Truxillo á uno de dos caballeros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno D. Francisco Pizarro, y el otro D. Juan de Orellana, ámbos mozos, ámbos libres, ámbos ricos, y ámbos en todo extremo generosos: y en esto puso en las manos de Ricla (que como muger compasiva se adelantó á tomarlo) una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta: ni se supo por entónces si en ricos ó en pobres paños: y direis á qualquiera de ellos que la guarden, que presto sabrán quien es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado si llega á su presencia: y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, direis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasáron tres ó quatro hombres de á caballo, que iban diciendo: á Portugal, á Portugal, y á Dios quedad, que no puedo detenerme: que puesto que el miedo pone espuelas, mas agu-

das las pone la honra: y arrimando las que traía al caballo, se apartó como un rayo de ellos; pero casi al mismo punto volvió el caballero, y dixo: no está bautizado, y tornó á seguir su camino. Veis aquí á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo sin dexar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvaynar el estoque que de bordon le servia, y á Auristela confusa y atónita del extraño suceso, y á todos juntos admirados del extraño acontecimiento: cuya salida fué por entónces, que aconsejó Auristela que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez, y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hízose así, y apénas llegáron á la majada de los pastores á costa de muchos tropiezos y caidas, quando ántes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de dar-

les alojamiento aquella noche, llegó á la majada una muger llorando triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dexar salir la voz del pecho. Venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona. La lumbte y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubriéron, y viéron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa; puesto que Ricla que sabia mas de edades la juzgó por de diez y seis á diez y siete años. Preguntáronla los pastores si la seguia alguien, ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: lo primero, señores, que habeis de hacer es ponerme debaxo de la tierra; quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad: y agui-

jando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras que entre el ganado mayor se criaban: hizo un modo de lecho bastante por entónces á suplir aquella necesidad precisa: tomó luego á la muger en los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fuéron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo. Colgó luego delante del hueco otras pieles como para enjugarse. Ricla viendo hecho esto, habiendo conjeturado que aquella sin duda debia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo diciéndole: no pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos ántes que perezca de hambre, y en breves razones le contó como se la habian dado. Respondióla el pastor á la intencion y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras, y hi-

ciese de modo como de alguna de ellas tomase el pecho. Apénas hubo hecho esto, y tan apénas, que casi se oían los últimos acentos del llanto de la criatura, quando llegáron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la muger desmayada, y por el caballero de la criatura; pero como no les diéron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasáron con txtraña priesa adelante, de que no poco se alegráron sus remediadores; y aquella noche pasáron con mas comodidad que los peregrinos pensáron, y con mas alegría de los ganaderos por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quien era.

Preñada estaba la encina (digámoslo así), preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntáron; pero al compasivo pastor, que era

mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dexase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recebimiento de sus huéspedes. La criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los peregrinos el nuevo y agradable hospedage. Quisiéron todos saber luego qué causas habian traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fué parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua, aun á que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, y no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, fuéle respondido, que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraría, como ella se viese libre de los que la buscaban, que eran su padre y hermanos. Cubrióla, y encubriola el pastor, y dexola, y volvióse á los peregrinos que aquella noche la pasáron con

mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores, que con aquella que ella les concedia; y ántes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado, que el pastor que habia llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí en una pequeña aldea vivia. Diéronle que llevase la cadena, con órden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguráron y apercibiéron á desmentir las espías, si acaso volviesen ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo ménos los que perdidos parecian. En tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia alegre para todos, sino para la temerosa que encerrada en el árbol apénas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso,

habiendo puesto primero cerca y léjos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna gente venia, la sacáron del árbol para que la diese el ayre, y para saber de ella lo que deseaban: y con la luz del dia viéron que la de su rostro era admirable, de modo, que puso en duda á qual darian de ella y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hiciéron, y muchos ruegos precediéron ántes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado, así comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavia quiero más parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria una vi-

lla no léjos de este lugar. Mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como ahora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria, vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes: este tiene un hijo que desde ahora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda que es infinita. Vivia asímismo en la misma aldea un caballero con otrò hijo suyo, mas nobles que ricos en una tan honrada medianía, que ni los humillaba ni los ensoberbecía. Con este segundo mancebo noble, ordenáron mi padre y dos hermanos que tengo, de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me entregué por suya á hurto de

mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia. Vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas; ántes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja. De estas juntas, y de estos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes. En este tiempo sin hacerme sabidora, concertáron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que á noche le traxéron á casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos. Sobresaltéme quando vi entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble: y mas me admiré quando mi padre me dixo que me entrase en mi aposento, y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio. Dos dias habia que habia entrado en los tér-

minos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto, y no esperada nueva quedé como muerta: y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dixe hechos fuentes mis ojos: ¡ay Leonora mia, y como creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada. Pásame, hermana mia, si tienes con que este pecho: salga primero mi alma destas carnes que no la desvergüenza de mi atrevimiento: ¡ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera, que sin saber que hacer estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar me sacasen á la se-

pultura. Aquí llegaba Feliciana de su cuento, quando viéron que las centinelas que habian puesto para asegurarse hacian señal de que venia gente; y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto cruzaba por otro camino; todos se aseguráron y Feliciana de la Voz volvió á su cuento diciendo: considerad, señores, el apretado peligro en que me ví á noche, el desposado en la sala esperándome y el adúltero, si así se puede así decir, en un jardin de mi casa, atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio: yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fué este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á to-

da buena razon y buen discurso. No sé que os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre diciendo: acaba muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas. Dióle, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto, y mi desmayo. Volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fué siguiendo adonde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista y el miedo en la mitad del alma; y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla: y apénas hubo mi padre vuelto las espaldas, quando yo así como estaba baxé

por un caracol á unos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle y de la calle en el campo, y del campo en no sé que camino; y finalmente y aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza. Mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo, y dexarme hallar de quien me buscase; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha: y así llegué como me visteis, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos. Aquí dió fin á su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion, y lástima en un mismo grado. Periandro con-

tó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió. ¡Ay! dixo Feliciana, ¡si es por ventura esa prenda mia! ¡Y si es Rosanio el que la traxo! Y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca la he visto, quizá por los paños en que viene envuelta, sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion: porque mi doncella no apercebida ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento que fuesen de mi conocidos? Y quando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: la criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia: yo haré que ellas mismas nos la traygan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto, sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPÍTULO IV.

Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion : llegan á Guadalupe, habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Paréceme, hermano mio, dixo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra: que las desgracias é infortunios así se encuentran sobre los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de la qual se dice que quita y da los bienes, quando, como y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo; pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos

admire ver esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia: contémplola yo pocas horas ha en su casa acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos; y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del ayre y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad, que la suya no es caida de príncipes, pero es un caso que puede servir de exemplo á las recogidas doncellas, que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos: y aunque la experiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, ansí en la soledad de los desiertos, como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos. A tí te vá en esto lo que sabes: mi hon-

ra es la tuya : un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo; pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad. Ya los cielos á quien doy mil gracias por ello, nos han traido á España sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores: porque segun la fama, que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. ¡O hermana! respondió Periandro, y como por puntos vas mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo que temes como muger, y que te animas como discreta. Yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo; que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza, y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acredita-

ran. En el rancho de estos pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciana podemos servir mas que de compadecernos de ella: procuremos llevarnos esta criatura á Truxillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena, al parecer por paga. En esto estaban los dos quando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que habia enviado por ella á la aldea por ver si Feliciana la reconocia como ella lo habia pedido. Lleváronsela, miróla y remiróla, quitóle las faxas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recien nacido. No, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo, no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida

tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Truxillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso dixo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Truxillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fué Rosanio: y así soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura, y con otros dos de estos mis pastores, se ponga en camino de Truxillo á ver si la recibe alguno de esos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarse á los pies del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobáron asímismo, y con darle la cadena lo facilitáron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recien parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dexase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Truxillo, que los

peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian. Todo se hizo como lo pensáron y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de veras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Feliciana habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios padre é hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado: y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma, que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apénas descubrió su pensamiento, quando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y de-

seosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian, solo dificultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y así se lo dixo; pero el anciano pastor dixo, que no habia mas diferencia del parto de una muger que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, así la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir á sus exercicios; sino que el uso habia introducido entre las mugeres los regalos, y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dixo mas, que quando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del ayre, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano. A lo que añadió Auristela: no quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos, quando hice éste, el

qual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linage, sino el ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz: y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo ménos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dixo, nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego; pero no osáron rogárselo, porque, como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traía, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina: quitóse un collar de perlas y dos sortijas, que

si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble. Tomólas Ricla, como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le diéron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se le quitase. Apénas se vió Feliciana en el nuevo hábito, quando le naciéron alientos nuevos, y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo, y de los demás de la majada, se encaminaron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio: y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo, ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado, que á dulce

reposo las convidaba: y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio junto con la pereza y la diligencia: la pereza en caminar poco: la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que lo impidan, quiso el cielo que el de este hermoso esquadron (que aunque dividido en todos, era solo uno en la intención) fuese impedido con el estorbo que ahora oiréis. Dábales asiento la verde yerba de un deleytoso pradecillo: refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las yerbas corria; servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas y cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso; quando de improviso rompiendo por las intrincadas matas, viéron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho: cayó de ojos,

y al caer dixo : Dios sea conmigo , y el fin de esta palabra, y el arrancársele el alma , fué todo á un tiempo: y aunque todos con el extraño espectáculo se levantáron alborotados , el que primero llegó á socorrerle fué Periandro , y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada. Los dos Antonios saltáron las zarzas por ver si vieran quien hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas se mostraba que traidoras manos la habian hecho. No viéron á nadie, volviéronse á los demas, y la poca edad del muerto , y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima : miráronle todo , y halláronle debaxo de una ropílla de terciopelo pardo , sobre el jubon, puesta una cadena de quatro vueltas de menudos eslabones de oro ; de la qual pendia un devoto crucifixo , asímismo de oro ; allá entre el jubon y la camisa le halláron dentro de una caxa de évano ricamente labrada , un hermosísimo retrato de muger , pintado en la lisa tabla , al rededor del qual de

menudísima y clara letra viéron que traía escritos estos versos.

Hiela, enciende, mira y habla,
milagros de la hermosura,
que tenga vuestra figura
tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte. Miráronle las faltriqueras, y escudriñáronle todos, pero no halláron cosa que les diese indicio de quién era, y estando haciendo este escrutinio, pareciéron como si fueran llovidos, quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre, que eran quadrilleros de la santa Hermandad, uno de los quales dixo á voces: teneos, ladrones, homicidas y salteadores, no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevarémos adonde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo: aquí no hay la-

dron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el quadrillero: el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos á vuestra maldad: ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo, con poner una flecha en sü arco, y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho. Los demas quadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volviéron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidáron: aquí de la santa Hermandad, favor á la santa Hermandad: y mostróse ser santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntáron mas de vein-

te quadrilleros. los quales encarando sus ballestas y sus saetas á los que no se defendian, los prendiéron, y aprisionáron sin respetar la belleza de Auristela, ni las demas peregrinas; y con el cuerpo del muerto las lleváron á Cáceres, cuyo corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el qual viendo el muerto, y el quadrillero herido, y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos á qüestion de tormento; puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándola en su favor los papeles, que para seguridad de su viage, y licencia de su camino habia tomado en Lisboa. Mostróle asímismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hiciéron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escribanos y procuradores, ofreció á uno de secreto, que

andaba allí en público dando muestras de ayudarles, no sé que cantidad de dineros porque tomase á cargo su negocio: lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma que tenian lana los peregrimos, quisiéron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos, y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia. Fué el caso, pues, que un huesped, ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traído, y reconocídole muy bien, se fué al corregidor, y le dixo: señor, este hombre que han traído muerto los quadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero: poco ántes que se partiese se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dixo: señor huesped por lo que debeis á ser cristiano os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy delante de la justicia; y diciendo esto, me dió este

que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan extraño suceso. Tomó el papel el corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones.

"Yo Don Diego de Parraces salí de la corte de su Magestad tal dia (y venia puesto el dia) en compañía de Don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viage, donde le iba la honra y la vida: yo por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, dí lugar á su malicia, y acompañéle, creo que me lleva á matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sépase que me matáron á traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba: Don Diego de Parraces."

Este papel á toda diligencia despachó el corregidor á Madrid, donde con la justicia se hiciéron las diligencias posibles buscando al matador, el qual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin

apearse de la cabalgadura volvió las riendas, y nunca mas pareció. Quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedáron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla, se deslabonó para gastos de justicia: el retrato se quedó para gusto de los ojos del corregidor, satisfízose la herida del quadrillero, volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo; y dexando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma por no ser vista, se partiéron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuviéron tratando del caso extraño, y deseando que sucediese ocasion donde se cumpliese el deseo que tenian de oir cantar á Feliciana, la qual sí cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida: pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros, y su voz gemidos. Estos se aplacáron un tanto con haber topado en el cami-

no la hermama del compasivo pastor, que volvia de Truxillo, donde dixo que dexaba el niño en poder de Don Francisco Pizarro, y de Don Juan de Orellana, los quales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura, sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le halláron; pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse de ellos. Sea en fin lo que fuere, dixo la Labradora, y dixéron ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros: ansí que, señores, el niño queda en Truxillo en poder de los que he dicho: si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aún no me he deshecho de ella, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacerla; pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en

sus casas, porque, ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La Labradora se despidió aquí, y diéron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegáron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta á su casa con su esposo, padre y hermano.

Apénas hubiéron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entrados que guian al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, quando con cada paso que daban, nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiracion á su punto, quando viéron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la Santísima Imágen

de la Emperatriz de los cielos : la Santísima Imágen otra vez , que es libertad de los cautivos , lima de sus yerros, y alivio de sus prisiones : la Santísima Imagen , que es salud de las enfermedades , consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos , y reparo de las desgracias. Entráron en su templo , y donde pensáron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro , los damascos de Siria , los brocados de Milan, halláron en lugar suyo muletas que dexáron los coxos , ojos de cera que dexáron los ciegos , brazos que colgáron los mancos , mortajas de que se desnudáron los muertos , todos despues de haber caido en el suelo de las miserias , ya vivos, ya sanos , ya libres, y ya contentos ; merced á la larga misericordia de la madre de las misericordias , que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias. De tal manera hiciéron aprehension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos , que volviéron

los ojos á todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el ayre volando los cautivos envueltos en sus cadenas á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entónces de periandro, ni de Auristela, ni ménos de Ricla, de Constanza, ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veían, ni de admirar lo que imaginaban, y así con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas, se pusiéron á adorar á Dios Sacramentado, y á suplicar á su Santísima Madre, que en crédito y honra de aquella Imágen fuese servida de mirar por ellos: pero lo que mas es de ponderar fué, que puesta de hinojos, y las manos puestas, y junto al pecho la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas con sosegado semblante, sin mover los labios, ni ha-

cer otra demostracion ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo, y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los quales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de quantos la escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias habia cantado quando entráron por la puerta del templo unos forasteros, á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas: y la voz de Feliciana, que todavía cantaba, puso tambien en admiracion; y uno de ellos, que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díxole: O aquella voz es de algun angel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quien lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será si no yerra el golpe este mi brazo: y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos,

perdido el color, y turbado el sentido, se fué hácia donde Feliciana estaba. El venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: no es este, ¡ó hijo! teatro de miserias, ni lugar de castigos: dá tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te eches sobre tí la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos, y á todos quantos en el templo estaban, los quales no fuéron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo con la Justicia, que se la quitó á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la Justicia defendiéndola hasta saber el caso; por una parte de la plaza entráron hasta seis de á caballo, que los dos de ellos fuéron luego conocidos de todos,

por ser el uno Don Francisco Pizarro, y el otro Don Juan de Orellana ; los quales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero , que con un velo de tafetan negro traía cubierto el rostro , preguntáron la causa de aquellas voces : fuéles respondido que no se sabia otra cosa, sino que la Justicia queria defender aquella peregrina , á quien querian matar dos hombres , que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana , quando el caballero embozado, arrojándose del caballo abaxo sobre quien venia, poniendo mano á su espada, y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana , y á grandes voces dixo : en mí, en mí debeis , señores , tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres. Feliciana es mi esposa , y yo soy Rosanio , como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo

supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos: riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto. Y si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado á este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos: y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os debia, de lo qual otra vez os pido perdon. Miéntras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina, con la

[illegible] que comenzó á cantar. Fe[illegible]
[illegible]liciana, y otros dié[illegible]ron por es[illegible]
crito, despues que fuéron de Auriste[illegible]
[illegible] la mas ántes estimados que entendidos. E[illegible]
n re[illegible] solucion las paces de los dos
[illegible]casi vencidos se [illegible]nicieron. Feliciana, e[illegible]
sposo, padre y her[illegible] mano sano se vo[illegible]
nviéron á su lugar, dexando [illegible] órden
á Don Francisco Pizarro, y Don [illegible]